



 ARTICULOS

SOBRE LA IDEA DE CIERRE CATEGORIAL EN LINGÜÍSTICA

FRANCISCO ABAD NEBOT
Valladolid

I. Introducción



En oportunidades anteriores hemos intentado llamar la atención de los filólogos profesionales acerca de conceptos operativos que podían iluminar los estudios metalingüísticos y metaliterarios, en particular la Historia de la ciencia del lenguaje y el concepto (y método subsiguiente) de la literatura. Aquí vamos a referirnos en concreto a la idea de *cierre categorial* en cuanto se trata de una noción fundante o constituyente de ámbitos de estudios delimitados.

Ya habíamos apuntado (*vid. Historia de la lingüística como historia de la ciencia*, Valencia, 1.976) que para la teoría general del lenguaje constituye el cierre categorial el concepto de *signo lingüístico*; concepto inseparable del de *sistema* (idiomático), pues es la delimitación de formas en los continuos del significado y del significante la que ordena en tensión estructural el sistema de la lengua. Cada lenguaje natural es un sistema de signos, un espacio o red de tensiones estructurales, y esta idea del instrumento comunicativo humano es la que ha presidido el desarrollo fecundo de la Lingüística en nuestro siglo.

Además, y considerando a la ciencia como entidad —objetiva-lógica e histórico-social a la vez— apuntamos también en nuestro trabajo anterior que la serie de los estudios de gramática (española) deriva de la construcción de Andrés Bello, quien concibió a la gramática como teoría sincrónica, inmanente, y lingüístico-funcional del idioma; así como la tradición de los estudios de filología, instaurada sobre la categoría (del establecimiento) del sentido literal, procede del *Mío Cid* de don Ra-

món Menéndez Pidal, y la de los de historia lingüística, de sus *Orígenes* (entendiendo por historia lingüística, al modo de Coseriu, la superación integradora de la falsa antinomía entre sincronía y diacronía).

Pero ahora nos ocuparemos, primeramente, de precisar algo más la concepción de la Lingüística como Teoría del Signo (idiomático). No vamos a recorrer todo el programa de la idea de ciencia desde la teoría del cierre categorial, tal como puede seguirse en el libro reciente de este título de G. Bueno; nos detendremos en lo más esencial. No obstante, tesis como la de que las ciencias se han constituido a partir de los oficios artesanos encontrarían —creemos— suficiente apoyatura probatoria en Lingüística; efectivamente, ha podido decirse que la tradición secular de estudios sobre el idioma ha consistido o bien en instrumental de finalidad filológica, o bien en conjunto normativo de reglas para «hablar y escribir correctamente».

El paso, por otra parte, del estructuralismo a la gramática generativa, podría interpretarse como un desbordamiento de la categoría idiomática central «sistema de signos» por la de «producción de signos».

II. Realidad categorial de las lenguas

Gnoseológicamente, partimos del «materialismo lógico», esto es, de la concepción de un orden lógico de los hechos, de su organización en categorías. Lo dado de lo real, los datos de que dispone el lingüista, es el conjunto de actos locutorios concretos, orales u escritos; la idea de ellos como decursos producidos por la movilización de un sistema de signos es la que dará lugar a la

Lingüística en tanto ciencia. Tal sistema de signos produce decursos a veces muy extensos (el *Quijote*, las *Soledades*, *Fuenteovejuna*), y lo hace por operaciones combinatorias, por sucesivas *articulaciones*. Es esencial en una ciencia —ha escrito G. Bueno— «la presencia de ciertas relaciones características entre los términos...», y de un sistema de *operaciones* tal que la composición de términos del campo nos remita a otros términos del campo categorial... La unidad de una ciencia es la unidad que va estableciéndose en el mismo proceso operatorio, cuando el sistema de las operaciones es cerrado» (1).

En Lingüística, la «composición» de los «textos» ocurre por «articulación» de *figuras* y de *signos*; precisémoslo. Para punto de partida detengámonos en el capítulo XII de los *Prolegomena* de Hjelmslev, titulado «Signos y figuras» (2).

Hjelmslev diferencia como tarea preliminar un signo de un no-signo; «un signo —escribe— funciona, designa, denota; un signo, en contraposición a un no-signo, es el portador de una significación» (3). Sabiendo esto, debe concretarse el problema de la economía del sistema, esto es, la solución que las lenguas naturales dan a la antinomia existente entre la infinitud de los contenidos y lo limitado del alcance humano. La cita de Hjelmslev, aunque larga, parece imprescindible: «Una lengua es, por su finalidad, primera y principalmente un sistema de signos; para ser plenamente adecuada debe estar siempre dispuesta a formar nuevos signos... Teniendo en cuenta que se necesita un número ilimitado de signos, podrán construirse todos los signos a partir de no-signos, cuyo número es ilimitado y preferiblemente, rigurosamente limitado. A aquellos no-signos que entran en un sistema de signos como parte de éstos los llamamos... *figuras*... Una lengua, pues, se ordena de tal modo que con la ayuda de un puñado de figuras y cambiando el orden constantemente pueda construirse una legión de signos. Si una lengua no estuviese así ordenada sería una herramienta imposible de utilizar para su fin. Por tanto, nos sobran razones para suponer que en esta característica —la construcción del signo a partir de un número limitado de figuras— hemos encontrado una característica básica esencial de la estructura de cualquier lengua. Las lenguas, pues, no pueden describirse como sistemas de signos puros. Por el fin que generalmente se les atribuye son primera y principalmente sistemas de signos; pero por su estructura interna son, primera y principalmente algo diferente, a saber: sistemas de figuras que pueden usarse para construir signos. Al analizarla más detenidamente, la definición de lengua como sistema de signos se ha revelado, por tanto, como poco satisfactoria. Hace referencia únicamente a las funciones externas de una lengua, a su relación con los factores no lingüísticos que la rodean, pero no a sus funciones propias, a las internas» (4). En efecto, Hjelmslev trataba de superar la perspectiva más «externa» de Saussure, el punto de vista semiológico según el cual todo idioma es un medio o instrumento comunicativo, perspectiva preferida así mismo por los praguenses y, en general, por cuantos se

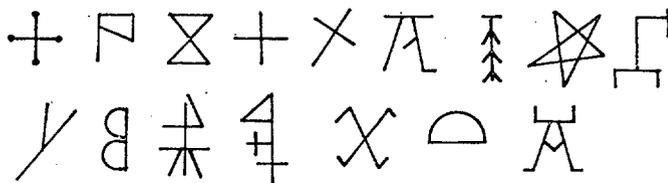
ocupan de la naturaleza cultural de la lengua. Hjelmslev, como venimos viendo, tiende a entenderla según su constitución interior de sistema semiótico, esto es, sistema formal (de transmisión informativa); de ahí las precisiones que hace.

Toda lengua es un sistema *articulado* de figuras. En este sentido las articulaciones serían tres (5), frente a la conocida idea martinietiana de dos articulaciones lingüísticas: debe superarse la ceguera de Martinet para lo semántico. Por el procedimiento de la conmutación el texto *come panes* se «desarticula» en «monemas»:

como panes : com-
 vende panes : -e
 come panes : -e
 comió panes : -e
 come panes : pan-
 come flanes : -es
 come panes : -es
 come pan

«Todo *signo* —desde el Texto infinitamente extenso hasta el elemental Monema— lo es por ser asociación de un *significante* y un *significado*: éstos son porciones textuales (de expresión y contenido, respectivamente) que surgen y existen sólo por la «proyección» de un plano sobre el otro» (6).

A su vez, la línea de la expresión se articula en «*figuras*»: fonemas; el contenido también en figuras: los *morfemas*, dominio de la «Gramática» (7). Consecuentemente, «parece necesario postular —al lado de una I Articulación del texto en signos (sobre todo, monemas), y paralela a la II Articulación de la expresión en figuras (con preferencia, fonemas)— una «III Articulación» del contenido en figuras (preferentemente, morfemas). La II Articulación es el dominio, ya tradicional, de la Fonología; esa III Articulación postulada sería el dominio de la Gramática, pero también quizá de la Semántica léxica...; en fin, la I Articulación resulta ser un ámbito no del todo extraño a lo que se ha dado en llamar *Morfo(fo)logía*» (8).



Marcas de pedrero. Catedral. Santo Domingo de la Calzada.

(1) G. Bueno, *Idea de ciencia desde la teoría del cierre categorial*. Santander, 1976, p. 41.

(2) Trad. esp., Madrid, 1971.

(3) Op. cit., p. 68.

(4) Ibid., p.p. 71-72.

(5) Interpretamos o parafraseamos a J.A. Martínez, *Homenaje a Alarcos*. I, Oviedo, 1977, p.p. 165-192; p.p. 166-168.

(6) Esta cita, *ibid.*, p. 166.

(7) *Ibid.*, p. 172.

(8) *Ibid.*, p.p. 167-168.

Concluiremos estos párrafos apuntando por nuestra cuenta que quizá las unidades de la III Articulación sean el «morfema» y la unidad-eje de cada campo semántico: el archisemema.

III. Invariantes metahistóricas en la ciencia lingüística

Establecido el concepto de Lingüística como Teoría de la articulación de figuras y signos queda claro que ésta se inicia, *stricto sensu*, con Saussure; todo lo anterior debe considerarse como técnicas artesanales. Ahora bien, la historia de nuestra disciplina ha pasado en su desarrollo desde entonces (desde comienzos de siglo) por distintos episodios que —si nuestra percepción es exacta— cumplen y ejemplifican en la historia de un saber concreto la sistemática de Kuhn (*La estructura de las revoluciones científicas*). Pasemos a ilustrarlo.

Como sabemos, se llama camino hacia la ciencia normal al período anterior a que exista un paradigma aceptado por la comunidad investigadora. La inseguridad respecto a cuál sea ese paradigma en la historia de la reflexión lingüística se revela en el hecho descrito por Georges Mounin: según sea el punto de vista adoptado, la ciencia del lenguaje habría nacido cinco siglos antes de Jesucristo, o en 1816 (Bopp), 1916 (Saussure), 1926 (Troubetzkoy) ó 1956 (Chomsky); incluso podría decirse (habrá algunos que lo digan) que ha nacido en Francia con Lévi-Strauss, Barthes y Foucault ó Lacan (9). No hace aún mucho, Víctor Sánchez de Zavala, por su parte, se preguntó si nuestra ciencia «verdaderamente llega a serlo» (10).

En los períodos de ciencia «normal», la comunidad de estudiosos sabe cómo es el objeto estudiado, y siempre se mueve en la dirección de trabajo que cree relevante. La Lingüística contemporánea, en su etapa estructuralista en sentido estricto, sabe que el instrumento comunicativo es sistemático, organizado, estructurado, y para demostrarlo moviliza sus afanes indagatorios, bien sea en el aspecto fónico (fundamentalmente los pragueños) gramatical (monografías con el título de *morfosintaxis estructural*) o semántico (Pottier, Coseriu, Rodríguez Adrados). Los tipos de tareas en estos períodos normales pueden reducirse a tres. Se pretende información precisa de valor intrínseco (por ejemplo, y refiriéndonos ahora siempre al estructuralismo, se describen gran número de sistemas fonológicos de lenguas alejadas genética y/o tipológicamente); en segundo lugar los investigadores intentan reajustar totalmente teorías y hechos (no sólo fonología, también gramática y semántica estructurales: «La morfosintaxis estructural —declaró Pottier— está naciendo. Sus métodos se inspiran directamente en los de la fonología»); finalmente, se reformula el paradigma global, teniendo en cuenta hechos preteridos al comienzo (Jakobson afirma con resolución: «Es preciso que revisemos la interdependencia de diversas estructuras en el interior de una misma lengua»; Alvar asume este pro-

grama en cuanto a las diferenciaciones diasistemáticas de índole geográfica o sociológica; Lázaro, en lo referente al idioma utilizado en su función poética).

Los estudios intraparadigmáticos se detienen muy concretamente en una solución que desean justificar con la posible exhaustividad. Lo que hacen no es sino tratar de probar, empíricamente, lo que —de modo intuitivo— quizá se hubo señalado antes muchas veces. Que la índole efectiva de una lengua histórica concreta es diasistemática se demuestra en el estudio del mismo Alvar sobre el habla de Las Palmas; Lázaro, por su parte, prueba fehacientemente con el arte mayor castellano aquella tesis pragueña de 1929 que aseguraba que la obra artística es una estructura funcional, y en ese mismo estudio, o en el del diseño constructivo del *Lazarillo*, demuestra que en la pieza literaria la forma induce los contenidos. Chomsky sabe que su designio teórico radica en dar cuenta, operativamente, de hechos absolutamente entrevistos en la tradición de la «lingüística cartesiana», y lo aduce de manera explícita en varios pasajes de *Aspectos*: «La razón fundamental de esta defectuosidad de la gramática tradicional es una razón más técnica. Aunque se comprendía perfectamente que los procesos lingüísticos son, en cierto sentido, «creativos», se careció hasta hace muy poco de los medios técnicos para expresar un sistema de procesos recursivos» (11). Que los indicadores sintagmáticos de la base «pueden ser considerados como elementos —de— contenido elementales de los que son construidas las interpretaciones semánticas de las oraciones reales» es hallazgo de Port-Royal; lo encuadran en el marco teórico generativista Katz y Fodor (1963, etc.) (12). También desde «la *Grammaire générale et raisonnée* se ha subrayado que las estructuras latentes a las que se atribuye universalidad pueden ser muy distintas de las estructuras patentes de las oraciones tal como aparecen en la realidad» (13).

Sabemos así mismo, cómo un paradigma determina, en su interior, varias tradiciones de ciencia normal. En lingüística creo que éstas se resuelven en lo que podemos llamar modelos «estrechos» o «reduccionistas» y modelos ampliamente comprensivos. Unos, los primeros, atentos sólo a la modalidad más homogénea de la lengua; los segundos, de mayor adecuación empírica, se proponen dar cuenta de las variantes dialectales y de registro. Ejemplos de lingüistas de este último grupo podrían ser, para el estructuralismo, Jakobson o Martinet; y para la gramática generativa W. Labov (que ha sabido asumir, integrándolas, las dos direcciones —geo y socio— lingüística, y coincidente de alguna manera con el paradigma chomskyano— de su maestro Uriel Weinreich) o, entre nosotros, Víctor Sánchez de Zavala.

Los modelos teóricos, aunque abstracciones, son ineluctables para el conocimiento. En general, el pensamiento científico hace de la artificialidad de la abstracción instrumento cognoscitivo (14). Como con total clarividencia ha señalado Coseriu (la cita, aunque algo larga, es ejemplar) «la lingüística, más que otras ciencias, por la

(11) *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Madrid, 1971, p. 9.

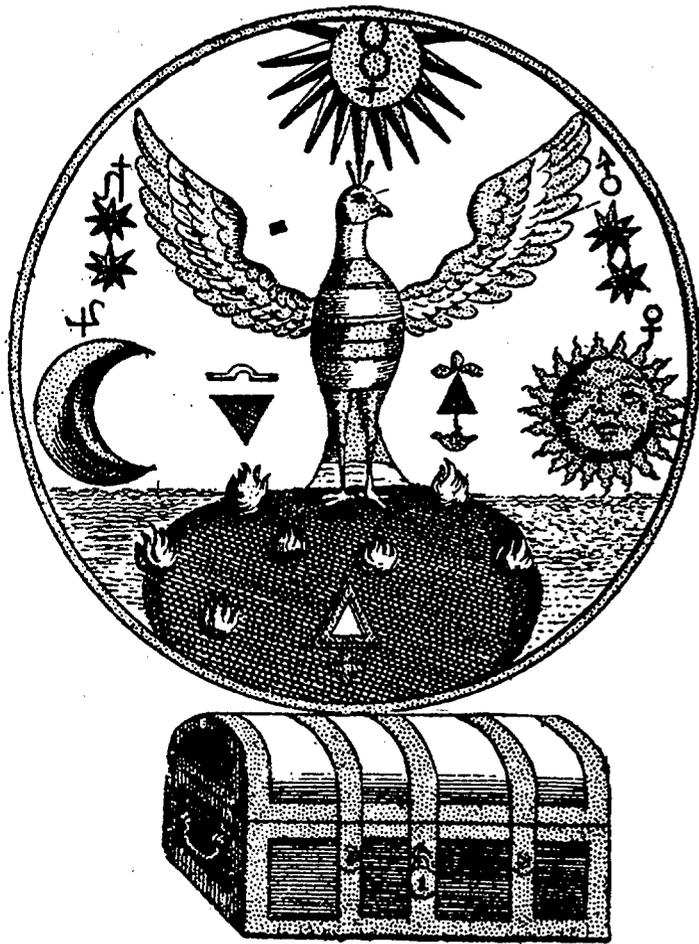
(12) *Ibid.*, p.p. 112, 205.

(13) *Ibid.*, p. 113.

(14) Cfr. Manuel Sacristán, *Introducción a la Lógica y al análisis formal*, Barcelona, 1964, esp. p. 16.

(9) G. Mounin, *Clefs pour la linguistique*, París, 1968, p. 23.

(10) Cfr. *R.S.E.L.*, 2, 1972, p. 455.



naturaleza misma de su objeto, debe moverse constantemente entre los dos polos opuestos de lo concreto y de lo abstracto: subir de la comprobación empírica de los fenómenos concretos a la abstracción de formas ideales y sistemáticas, y volver luego a los fenómenos concretos, enriquecida por los conocimientos generales adquiridos en la operación abstractiva. Lo importante es que no se conforme con la abstracción y no se quede en ella, porque la íntima comprensión de la realidad del lenguaje podrá alcanzarse sólo en ese tercer momento de vuelta a lo concreto. El lingüista, si se nos permite una imagen, debe ser al mismo tiempo, botánico y jardinero: debe llegar a la constitución de tipos abstractos e ideales de flores, pero sólo para cuidar mejor la vida caprichosa, compleja y cada vez sorprendente y nueva de las flores vivas y concretas de su jardín; debe ser botánico para ser mejor jardinero» (15).

La crisis de un paradigma se produce cuando no es capaz de dar respuesta a los contraejemplos que se le

(15) E. Coseriu, *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, 1967, p.p. 16-17. Y antes había dejado establecido: «Una cosa es tener clara conciencia de los riesgos que la abstracción implica y otra cosa es dudar de su ineluctabilidad teórica como condición necesaria de todo conocimiento científico». Pues fuera de la abstracción «no subsiste ninguna posibilidad de comprobar verdades generales y principios constantes en la multiplicidad, fragmentariedad y heterogeneidad de lo fenoménico» (ibid., p. 15).

oponen. La revolución científica lo desplazará de las creencias de los investigadores a favor de otro. Esto es lo que motiva la índole dicontinuista de la historia de la lingüística. El desarrollo del saber teórico se logra a costa de «saltos». La gramática de tradición grecolatina se ocupaba muchas veces, normativamente, de cómo debían ser los productos lingüísticos; el historicismo decimonónico supuso una ruptura en ese sentido, apegado como estaba al devenir histórico de las lenguas, ruptura que continúa la moderna lingüística al subrayar su condición descriptiva y no prescriptiva —y, en otro sentido, su autonomía o inmanentismo—. Discontinuidad, por ejemplo, entre los modelos estructural y generativista, indicada formalmente por Chomsky: «De hecho, se podría caracterizar brevemente las teorías sintácticas que han surgido en la lingüística «estructural» (taxonómica) moderna como teorías basadas en el presupuesto de que las estructuras latentes y patentes son, en realidad, una y la misma... La idea central de la gramática transformacional es que son, en general, distintas, y que la estructura patente viene determinada por la repetida aplicación de ciertas operaciones formales llamadas «transformaciones gramaticales» a objetos de naturaleza más elemental» (16).

Pero decimos que al momento revolucinario de sustitución excluyente de un paradigma por otro se llega tras haberse evidenciado la incapacidad del primero para dar cuenta de los sucesivos contraejemplos que se le han ido oponiendo y, en general, después de haberse revelado su insatisfactoriedad en cuanto a la adecuación empírica que ofrece. Así se ve en los argumentos chomskyanos contra la doctrina empiricista: «La consideración del carácter de la gramática que se adquiere, la degradación y limitadísima extensión de los datos disponibles, la sorprendente uniformidad de las gramáticas resultantes y su independencia respecto a inteligencia, motivación o estado emotivo en grandes extensiones de variación dejan poca esperanza de que mucha de la estructura de lenguaje pueda ser aprendida por un organismo generalmente no informado respecto a su carácter general» (17). O por poner otro caso, cuando Uriel Weinreich publicaba en 1963 su *On the semantic structure of language* lo hacía ante la irresolución de la semántica usual para explicar cómo se articulan o amalgaman los significados en el decurso hablado; lo importante, propuso, es averiguar «cómo es capaz el hablante de construir frases dotadas del significado querido valiéndose de su saber —por formulado que sea— de lo que significan las palabras o los morfemas de su propio idioma» (18).

Caracterizan a los momentos de crisis la proliferación de tendencias (piénsese en las diversas maneras polémicas de encarar hoy el crucial problema de lo semántico), el recurso a la filosofía —Chomsky fundamenta empíricamente en el lenguaje su concepción de la natu-

(16) *Aspectos*, p. 18.

(17) *Ibid.*, p. 56.

(18) Según interpreta V. Sánchez de Zavala, *Hacia una epistemología del lenguaje*, Madrid, 1972, p. 75.

(19) Comp. este testimonio suyo: «La capacidad humana fundamental es la capacidad y la necesidad de autoexpresión creadora, la necesidad de libre control de la propia vida y del pensamiento en todos sus aspectos. Una proyección particularmente importante de esta facultad es la utilización creadora del lenguaje en cuanto libre instrumento de pensamiento y expresión... Discurriendo por este camino se puede llegar realmente a constituir una ciencia social en la que determinado concepto de organización social se halle vinculado a un concepto sobre la naturaleza humana, que esté debidamente cimentado empíricamente y que de alguna manera incluso lleve a juicios de valor sobre la forma de sociedad a adoptar, cómo debería cambiar, y cómo habría de ser reconstruida». Vid. *Sobre política y lingüística*, Barcelona, 1971, p.p. 27-28.

raleza humana, y de acuerdo con ésta efectúa unas concretas opciones políticas (19)— y el debate sobre los fundamentos: diecinueve páginas del estudio de Víctor Sánchez de Zavala «Qué es y qué debe ser la semántica estructural» (20) están dedicadas a «los requisitos epistemológicos de la semántica», y sus *Indagaciones praxiológicas* (Madrid, 1973) incluyen apartados como estos: «Teoría, sistema y modelo»; «El lenguaje natural y las condiciones de la teoría correspondiente». Chomsky, por su parte, abunda (*Aspectos*) en consideraciones sobre «teorías descriptivas y explicativas» o en torno a procedimientos evaluativos de gramáticas: «Por una parte, la gramática puede ser justificada sobre bases externas de adecuación descriptiva —podemos preguntarnos si formula correctamente los hechos de la lengua, si predice correctamente cómo entenderá el hablante nativo idealizado oraciones arbitrarias y da correctamente razón de la base de este logro—; por otra parte, una gramática puede ser justificada sobre bases internas si, dada una teoría lingüística explicativa, se puede mostrar que esta gramática es la gramática más altamente valorada permitida por la teoría y compatible con los datos lingüísticos primarios dados. En este último caso, se presenta una base fundamentada para la construcción de esta gramática, y está, por tanto, justificada sobre bases mucho más empíricas» (21).

Las revoluciones parten generalmente de científicos jóvenes; los mayores muestran con frecuencia sus reservas o franca hostilidad (es el caso de Hockett ante los generativistas, o de Carlos Otero frente a los semantistas «heterodoxos»). Por su parte, eminentes estudiosos europeos se han mostrado, en efecto, reservados ante las innovaciones chomskianas. Para Adrados la gramática generativa es más una «notación o simbolización» que una teoría independiente (22). Alarcos opina que «tales exposiciones... no añaden prácticamente nada nuevo a lo que ya sabíamos» (23) y de Coseriu ha podido escribir, en acertadas palabras, Víctor S. de Zavala (24): «En realidad, la evolución de las ideas de este lingüista constituye un verdadero enigma, que acaso —si no fuese por el respeto y agradecimiento que se le deben— justificaría una indagación psicológica y de sociología de la ciencia. Vemos, en efecto, que partió de unos puntos de vista entroncados directísimamente con Von Humboldt y con el creador de la praxiología lingüística (aunque él no la llamase de este modo) (25), y que desde ellos previó con toda lucidez lo que habría de hacerse para superar las estrecheces del estructuralismo; esto es, que era menester dar cuenta rigurosa del fenómeno del hablar en relación con la lengua, de la actividad humana del lenguaje. Pero desde semejante posición, tan distante y hasta escéptica con respecto al estructuralismo, ha retrocedido... a enfoques estructuralistas más o menos originales, pero decididamente encerrados dentro de este aprisco; y, como era de prever dado tan extraño cambio, aguijonea siempre que encuentra ocasión a la lingüística generativo-transformatoria, cuya necesidad él había previsto, y de

cuya efectiva puesta en marcha es posible que únicamente le separase la falta de una preparación lógico-formal y de teoría de la ciencia como la que ha tenido Chomsky (preparación prácticamente imposible de alcanzar en una Europa depauperada intelectualmente... en los años inmediatamente posteriores a 1945)» (26).

En general me parece que las polémicas entre defensores de un paradigma antiguo y otro nuevo se reducen un poco, y creo que ineluctablemente, a diálogos de sordos por lo siguiente: los primeros achacan a los segundos inexactitud y rudimentariedad empírica, teórica o ambas a la vez, y no se dan cuenta de las implicaciones teóricas de fondo que tiene lo postulado por éstos. Adrados carga en el debe de los generativistas «ingenuidades» y «falta de problematismo» (27); a Pottier le parece la semántica de Katz-Fodor «muy rudimentaria y bien poco original» (28); y actitudes semejantes se observan en la polémica que enfrentó a Lakoff y McCawley de una parte, y Katz de otra, a raíz del artículo del primero *Instrumental Adverbs and the Concept of Deep Structure* (29).

IV. Final

Enlazando con nuestro párrafo segundo, podríamos apuntar qué espacio lógico delimita a la Ciencia literaria, cual es —también— su cierre categorial. Aun a reservas de poderlo hace en otro trabajo, lo sugeriremos aquí en dos palabras.

La obra de arte verbal es el resultado de la conformación u organización formal de dos sustancias: la lengua en la que está escrita y el fondo de pensamiento que vehicula. Su elocución (estilo) y su disposición (estructura) constituyen un *espesor de signos*, al decir de R. Barthes; para la crítica formalista, constituye el cierre categorial el conjunto de la forma del contenido (disposición o estructura) más la forma de la expresión (elocución o estilo) (30). Ahora bien; este análisis no agota lo literario, que se halla impregnado y de algún modo «refleja» el transcurso histórico-social en que ha surgido. Entonces, para la crítica de contenido constituirá el cierre categorial la idea de «conjunto histórico» o estructura, tal como —por ejemplo— la ha expuesto Maravall teórica y aplicadamente (*Teoría del saber histórico*, Madrid, 1967; *La cultura del Barroco*, Barcelona, 1975).

(26) Otro autor que me parece prodigiosamente cerca —en concreto— de los semantistas generativos es Pottier. Compruébese en estas aserciones que tomamos de su artículo «Structures syntaxiques et unités sémantiques» (*TraLiLi*, VIII, 1970, p.p. 241-245): «La finalidad del mensaje lingüístico es la expresión de una substancia semántica... Esta substancia se remodula constantemente en el transcurso de la emisión y de la recepción... Para transmitir esta substancia el emisor debe someterse a formas sintácticas en número finito para cada lengua... Las elecciones posibles contribuyen a la manifestación del significado (preferencia por las subordinadas, por las adjectivaciones, por los enunciados nominalizados...)... La progresión semántica explica la progresión sintáctica». Y comp. el esquema en que sistematiza sus concepciones (loc. cit., pág. 245) con el que Jerrold Katz da para los semantistas generativos («Interpretative semantics vs. generative semantics», *Foundations of Language*, (Dordrecht-Boston), 6, 1970, p. 231.

(27) Cfr., entre otros lugares, «La nueva lingüística y la comprensión de la obra literaria», *Cuadernos Hispanoamericanos*, (Madrid), 238-240, 1969, p.p. 55-70.

(28) Cfr., «La grammaire générative et la linguistique», *TraLiLi*, 1968, p.p. 8-25.

(29) En su trabajo Lakoff expresaba —apoyado en argumentos empíricos— la fragilidad del concepto de estructura profunda: si para dos frases se han propuesto distintas estructuras —venía a decir— y sin embargo muchos de sus comportamientos (restricciones selectivas, etc.) son semejantes, es que tienen una fundamental identidad más «profunda». Cfr., ampliamente, F. Dubois Charlier, «La sémantique générative: une nouvelle théorie linguistique?», *Langages* (Paris) 27, 1972, p.p. 5-77.

(30) Cfr. para una perspectiva amplia de problemas F. Lázaro «The Literal Message», *Critical Inquiry*, Winter 1976, p.p. 315-332.

(20) *Hacia una epistemología...*, p.p. 119-258.

(21) *Aspectos*, p. 39.

(22) F.R. Adrados, *Lingüística estructural*, Madrid, I, 1969, p.p. 11-12.

(23) E. Alarcos Llorach, *Estudios de gramática funcional del español*, Madrid, 1970, p. 10.

(24) *Hacia una epistemología...*, p. 244.

(25) En nota añade: «Me refiero, naturalmente, a K. Bühler».